

CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periódico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

Los Artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Instruccion: Estudios históricos, por don A. P.—Al Tiempo (poesía), por don José María de Larrea.—Esta-
ha de Dios (conclusion), por Zahara.—La Despedida (conclusion), por don J. A. Viedma.—En un Album (poesía), por do-
ña Francisca Carlota del Riego Pica.—Las Flores Animadas, por don G. Nuñez de Arce.—Variedades: Los Anillos parlantes.—
Modas.—Teatros.

INSTRUCCION.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

DÉBORA.

LA PROFETISA.—SISARA.—BARAC.—DERROTA DE LOS CA-
NANEOS.—JABEL.—MUERTE DE SISARA.—CANTO DE
DÉBORA.—SU MUERTE.—GEDEON.—ABIMELECH.



MANCIPADOS los israelitas de la tiranía en que los tenían los hijos de Moab, se mantuvie-
ron libres y en paz todo el tiempo en que fueron fieles á la ley de Dios. Abandonados en seguida, en castigo de sus crí-
menes, á la opresion de un rey de Canaán, y cuando mudaron de conducta, fué en-
viada una mujer para libertarlos.

Es notable y muy digno de observacion el que casi siempre es la mujer, esa criatura presentada como el sér mas débil, la escogida de Dios para instrumento de sus mayores designios, para ejecutar grandes castigos ó conceder grandes premios: para variar la faz de las naciones, unas veces para su desgracia, otras para su gloria.

La elegida ahora es Débora, la mujer de Lapidoth, la humilde israelita que habitaba entre Rama y Bethel, y ejercia de hecho un poder soberano juzgando al pueblo hebreo. Llena de instruccion y de ciencia, s ábia y virtuosa, sentábase bajo las graciosas ramas

de la enhiestada palmera para pronunciar sus juicios, que no eran los mentidos ó equivocados oráculos de una Sibila, sino las profecías de la mujer inspirada de Dios. Así eran acogidas con venerable respeto sus palabras, porque juzgaba con juicio y no la engañaba el porvenir.

Durante el gobierno de esta mujer, Jabin, rey de Canaán, declaró la guerra á los judíos, y envió contra ellos á Sisara, general de sus tropas. Débora, llena del espíritu de Dios, no desplegó menos valor durante la guerra, que prudencia durante la paz. Comenzó por dar un jefe á las tropas dirigidas contra Sisara, escoge al valiente Barac, le llama, y en nombre de Dios le ordena conduzca su ejército al monte Tabor, adonde iria á combatirle Sisara, el temido enemigo, que conducia 900 carros armados de hoces cortantes que iban sembrando la muerte en su veloz carrera.

Oye Barac, asombrado, á Débora y la contesta:

—Si vienes conmigo, iré; mas si no quieres venir conmigo, no partiré.

—Bien, respondió la profetisa, iré contigo, mas esta vez no se atribuirá á tí la victoria, porque por mano de una mujer será entregado Sisara.

Levantóse Débora y fué con Barac á Cedes. Todos les siguieron contentos. ¡Cuánto valia el ayuda de aquella mujer!

A la vista del enemigo, alienta Débora á Barac y á su gente, y el entusiasmo no tiene entonces límites, porque el valor de la mujer se comunica eléctricamente en el corazon del hombre. Preséntase á la vista el enemigo, se arrojan denodadamente sobre él aquellas huestes entusiasmadas por las elocuentes y delicadas palabras de una hembra, y pelean y vencen, destruyendo completamente á sus contrarios.

Huye Sisara á pié, se presenta á él Jabel, mujer de Haber, aliado de Jabin, y le ofrece un asilo en su tienda; y como su fuga precipitada habia agotado todas sus fuerzas, se acostó en el suelo y Jabel le cubrió, despues de haberle dado á beber leche.

Pero hace traicion á su huésped, faltando á su palabra y á la confianza que en ella depositara el desgraciado. Considera á Sisara como enemigo de la patria y de Dios, y apaga en su corazon todos los sentimientos humanos. Coje un clavo y un martillo, y mientras duerme, le atraviesa las sienes, y pasa Sisara del sueño á la muerte, de la imágen á la realidad. Así se cumplió la profecía de Débora. Se consiguió la victoria y la muerte del enemigo.

En celebridad de Jabel, compuso la profetisa un himno magnífico, que bastara él solo á eternizar el nombre de su autora.

En aquel cántico á la gloria del Dios de Israel, pinta á su pueblo, describe la batalla del Tabor, enseña la proteccion de Dios, refiere la ruina del enemigo, retrata la accion de Jabel, y la zozobra de la madre y de la mujer de Sisara, que se lamentan de lo que éste tardaba en volver, *de lo lentos que eran los piés de sus caballos.*

Coros de hombres y de mujeres cantaban estos versos, que transmitidos de generacion en generacion, iban legando al mundo la historia de la humanidad, presentada con la magnífica sencillez de los tiempos primitivos; con aquella sencillez que derrama encantadora poesia, que nos deleita con su recuerdo.

Débora, amada, reverenciada de un pueblo, conserva hasta su muerte su ejercicio de profetisa; siempre admirando con sus juicios, entusiasmando con sus palabras.

Llorada su muerte, fué ademas funesta para el pueblo judío, que al verse sin guia, se dió á tal licencia en el pecar, que Dios lo entregó á manos de los madianitas durante siete años. Pero luego recurrió al Eterno, se apiadó de sus ruegos, y destinó á Gedeon para libertar á Israel de sus enemigos. Consiguiólo con el ayuda de Dios, y muerto Gedeon despues de haber gobernado muy santamente el pueblo por espacio de cuarenta años, dejó setenta hijos. Abimelech, que tambien lo era suyo, escitó desórdenes y consiguió ceñirse la corona; continuó combatiendo, y cuando sitiaba á la ciudad de Tebbes, en la cual habia una torre muy fuerte donde se retiró toda la poblacion, y cuando se aproximaba para pegarla fuego, le arrojó una mujer desde lo alto un pedazo de una piedra de molino, que le aplastó, y como no murió en el acto, y no queriendo que se dijera que habia perecido á manos de una mujer, mandó á su escudero que acaba-

ra de quitarle la vida, lo que ejecutó este inmediatamente.

Así fué como este desgraciado sufrió la pena que habia merecido asesinando á sus hermanos. Creia él que aquel crimen enorme habia sido olvidado por Dios, porque habia permanecido impune largo tiempo, y aun parecia no haberle seguido sino prósperos sucesos; pero la paciencia de Dios tiene sus límites, y Dios solo deja vivir á los grandes criminales para sacar algun bien de los males que cometen, enseñándoles que desde lo alto del cielo se lanza al fin de repente sobre ellos para perderlos, y que la severidad de su justicia es como una piedra que los magulla, y que desde su cumbre de honores, adonde suben con tanto trabajo, los hace caer en los mas horribles precipicios.

Magnífica enseñanza, como todas las que nos presenta la historia, ese gran libro que al presentarnos los sucesos pasados nos hace preveer en parte los venideros: que da esperiencia con sus lecciones: que da saber con sus hechos, y á la vez que enseña deleita.

A. P.

LITERATURA.

AL TIEMPO.

Pasa tú, cuyo curso arrebatado
nada es bastante á detener. ¿Adónde
vas á parar? En dónde has comenzado?
Eres eterno como Dios? Responde.

¿Quién al pensar en tí del Dios potente
la inmensidad á comprender no empieza?
Él su sello imprimió sobre tu frente,
imágen eres tú de su grandeza.

La muerte va siguiendo tu camino
de tus leyes terrible ejecutora;
¿quién logra sustraerse á su destino
cuando tú marcas de su fin la hora?

Con el hombre inflexible sus cabellos
vas cubriendo al pasar de blanca nieve;
él vé el anuncio de su muerte en ellos...
Qué es para tí su vida? Un sopro breve?

¿Qué es para tí que cien generaciones
como sombras pasar sobre la tierra
has visto, y cien imperios, cien naciones
exterminar el ángel de la guerra?

¿Qué es para tí, que tal vez de otros mundos
viste la destruccion y sus despojos,
á la palabra de su Dios fecundos,
brotar los que hoy admiran nuestros ojos?

Tiempo, viejo testigo indiferente
de hechos que guarda, á tu pesar, la historia,
aun supo el hombre hallarte dignamente
rival eterno como tú, la gloria!

Ah! pero en vano con audaz intento
alza obeliscos que su génio arguyen;
tocas tú con el dedo en su cimiento,
los mármoles en polvo se destruyen.

Nada hay exento á tu poder: tus huellas
gastan del monte la elevada cumbre....
¿Quién sabe si del sol y las estrellas
vas apagando la brillante lumbre?

Todo tiene su término prescrito:
el tuyo dónde está?... Buscarle intento
y en medio de un océano infinito
va á perderse mi débil pensamiento!

Los siglos transcurridos hasta el día,
los que á la edad futura mas distante
pueden imaginarse todavia
son de la eternidad un solo instante.

La eternidad!.. El tiempo!.. En vano, en vano
del hombre el génio investigar procura
de vuestra inmensidad el hondo arcano:
empresa inaccesible á su locura.

—Pasa tú, cuyo curso arrebatado
nada es bastante á detener. ¿Adónde
vas á parar? ¿Adónde has comenzado?
Eres eterno como Dios? Responde.

¿Quién al pensar en tí del Dios potente
la inmensidad á comprender no empieza?
El su sello imprimió sobre tu frente,
imágen eres tú de su grandeza.

Tú llevas las humanas alegrías,
de la afliccion las lágrimas devoras...
Cuán breves corren del placer los días,
cuán lentas pasan del dolor las horas!

Corre, corre veloz.... Si otro destino
mas dichoso ¡ay de mí! me sonriera,
tal vez que recorrieras tu camino
mas lentamente ¡oh tiempo! te pidiera.

JOSE MARIA DE LARREA.

JUAN A ROSALO

JUAN A ROSADO

ESTABA DE DIOS.

JUAN A ROSALO
(Conclusion.)

JUAN A ROSALO III.

Algunos dias despues, Luis cabizbajo y pensati-
vo, estaba sentado cerca de su prima, que trataba con
palabras dulces y afectuosas de sacarle de su preocu-
pacion.

—Ahora debo yo repetir lo que tú me decias no
há mucho tiempo en este mismo sitio, ¡yo te quiero
mas que tú á mí!

El jóven casi no escuchó estas palabras: sus ojos
estaban fijos en las nubes que cruzaban el espacio,
como si en sus distintas formas buscara la imágen de
un objeto querido.

Clotilde tomó su mano: al contacto de ella volvió
de su distraccion y al punto retiró la suya... ¡era ya
tarde! Su prima habia visto una sortija que él no lle-
vaba anteriormente, un granate en forma de corazon,
engastado en un círculo de oro. Clotilde entonces le
dirigió una mirada de cariño y reconvenccion, una de
esas miradas que solo una mujer ofendida sabe dirigir,
y retirando tambien su mano, no escuchó siquiera la
confusa explicacion que él pretendia dar.

Poco á poco las visitas de Luis eran mas escasas,
y las conversaciones de ambos primos mas ceremonio-
sas. Al cabo de algun tiempo, Luis suplicó á su tío
aplazase el matrimonio, pues su salud le precisaba á
hacer un viaje á Italia. Partió en efecto, y no regre-
só hasta fin de Diciembre. Al aproximarse de nuevo
el Carnaval, iba renaciendo en él la alegría, alegría
que no se cuidaba de disimular, y que le hacia ser afec-
tuoso hasta con la misma Clotilde, que por su parte
tenia demasiada dignidad para quejarse ni reconve-
nirle.

La animacion que precede á tan popular fiesta se
notaba ya en toda la capital; infinitos bailes de tra-
jes habian tenido ya lugar en todas las reuniones,

desde los salones mas aristocráticos, hasta los modestos de *Capellanes*, cuando se anunció el primero de los bailes que caracterizan verdaderamente el Carnaval, los del *Real Coliseo*.

Luis acudió muy temprano á su cita: cerca de la entrada del salon examinaba con impaciencia cada una de las muchas máscaras que iban llegando. La concurrencia era ya numerosa, y su desconocida no parecia: á veces sentia desfallecer su esperanza, y tenia que mirar su anillo para no perderla del todo.

Aburrido de estar en el mismo sitio tanto tiempo, se mezcló á la multitud de máscaras que llenaba el salon. Una carcajada burlona le hizo volver la cabeza, y se encontró con el caballero vestido á la antigua que le habia embromado el año anterior.

—Olá, olá, ¿según veo no te agradan las italianas, y vuelves á Madrid en busca de tu andaluza?

—Te engañas, contestó otro que iba cubierto con dominó; á quien busca es á una lindísima marquesa de Pompadour.

—Creo, amigos, contestó nuestro héroe, que es muy poco ingenioso embromar tan tenazmente dos á uno solo y sin careta; por lo tanto dejáos de bromas y decidme....

—¿Si ella vendrá? dijo el del dominó olvidándose de disfrazar su voz.

—¡Ya te conozco! exclamó Luis, procurando recordar donde habia oído aquella voz, pero el máscara habia desaparecido.

—Escucha, le dijo el otro.

Pero Luis en aquel momento ya no era dueño de sí mismo: habia visto á su elegante dama á lo Luis XV, que se dirigia hácia él, tan graciosa, tan seductora como el año anterior; todo lo olvidó y solo veia á ella.

—Es Vd. ? oh ! gracias, gracias !

—No me esperabas ?

—Sí; porque desde hace un año tú eres mi único pensamiento, mi única imagen de felicidad ! Oh ! ahora no desaparecerás en el misterio, ahora me dejarás ver tu rostro, ¿no es cierto ?

—Piensa bien lo que dices.

—Te amo !

—No me conoces.

—Oh ! te amo !

—¿Y si fuese fea ?

—Te amaria tambien !! Quitate esa careta, yo te lo ruego; déjame ver un instante tu rostro sin ese tupido tafetan.

—Y despues ?...

—Despues, como ahora, dispon de mí.

Ella permaneció indecisa algunos minutos, y continuó con tono grave:

—Esta es una locura que Vd. quizá olvidará muy pronto.

—Oh ! no ! no amo á nadie mas que á tí.

—A mí ? Se engaña Vd. á sí mismo ó trata de engañarme. ¿Y su prometida ?

—Mi prima ? una niña caprichosa y voluble !

—¿Renunciaria Vd. á ella por mí ?

—Yo no quiero á nadie sino á tí, á tí sola.

La dama entonces desprendió lentamente su careta: el corazon de Luis queria saltar del pecho.

—Clotilde !! murmuró confuso.

—La misma, caballero, que estoy....

—Oh ! perdon, perdon. ¿No estás bastante vengada ?

—Vamos, es preciso ser indulgente, dijo el musulman, que habiendo retirado su barba venerable dejó ver las facciones de Ricardo.

—Sonó la hora de misericordia, dijeron riendo dos amigos de Luis, el uno disfrazado á la antigua, el otro con un dominó.

—Pero esto ha sido un horrible complot, dijo Luis.

—¿Y si no hubiese sido yo, caballero ?... replió ella con un gesto encantador de reconcencion.

—Es que no podia ser otra sino tú.

Y estrechó entre las suyas una de las manos de su prima, que ella no se cuidó de retirar.

En una noche de la inmediata Pascua se llenaban los salones de casa de Clotilde con una escogida concurrencia, que habia sido invitada para presenciar el desposorio de los dos primos.

(Traduccion del francés.)

ZAHARA

LA DESPEDIDA.

Episodio de la vida de una mujer.

(Conclusion.)

IV.

Por diez veces la yerba de aquel suelo se habia reproducido desde que la condesa lo pisó por última vez.

Entonces se hallaba brillante de juventud y de belleza; entonces era tan dichosa, que desafiaba al porvenir....

Hora volvia á aquellos sitios que antes habitó en calma, llena de inquietud, con sola una certeza, la de morir pronto, porque el dolor, como fiebre lenta quemaba la vida. Esta conviccion sin embargo lejos de abrumarla, la hacia entrever el único reposo que podia encontrar; y porque sus horas estaban contadas,

porque la muerte castigándola de todas sus faltas la debía purificar, la pobre Isabel se conceptuaba aun digna de volver á dar su último adiós á aquel parque, á aquel ruinoso castillo, asilo venturoso donde vivian sus queridos hijos.

Así, temblando y fatigada bajo el peso de sus recuerdos, caminaba la condesa hácia su antigua morada. Todas las sendas que veía, los grupos de árboles, los cuadros de flores, le eran conocidos. Se figuraba haberlos recorrido la víspera. Muchos de los adornos puestos por orden suya habian sido respetados. Su alma triste, recordaba al verlos las horas de confianza y de amor que su ingratitud habia borrado.

Aunque sostenida por la religion, cuyo inefable consuelo alcanza al corazon en todos los estados de la vida; aunque esa religion le permitiese creer que su arrepentimiento habia subido á los piés de aquel cuya infinita bondad tiene misericordia para todas las faltas, no se atrevia con todo á contar con un perdon absoluto.—El perdon da la calma de la inocencia.

Cuando saliendo la desolada madre de un bosquecillo de lilas dió vista al castillo, las fuerzas la faltaron, y tuvo que detenerse. ¡Qué de sentimientos se despertaron á la vez en su corazon! El edificio conservaba la misma apariencia que en la época en que ella lo habitó. Ruinosos murallones cubiertos de yerba. Desalmenadas torres coronadas de jaramagos, y en cuyas bases dormían los siglos silenciosos. Conjunto tan bello antes, como sombrío ahora para Isabel. Y sin embargo todo estaba lo mismo que ella lo dejó. El musgo no habia perdido nada de su afelpado, los árboles, las flores, los arbustos, ocupaban los mismos parajes que cuando ella los visitaba rodeada de sus hijos. ¡Nada habia cambiado mas que ella!

Hubo un tiempo en que todas las puertas se hubiesen abierto para recibirla, en que todos habrian salido á su encuentro, en que hubiera sido acogida con la alegría, con los extremos de cariño que llevaba siempre consigo su presencia. Hoy, á su llegada, todos se alejarian. Otra mujer llevaba el nombre con que ella en otro tiempo se honrara, ocupaba el lugar que habia sido suyo, y cumplía con los deberes á que ella habia hecho traicion. ¡Qué vergüenza!... Quiso mirar á otra parte, y sus ojos como guiados por el remordimiento se fijaron á su pesar en las ventanas de la habitacion en que por primera vez fué madre. Todo su cariño maternal despertó en aquel punto, mas vivo, mas doloroso que nunca: creía escucharlos, pero en medio de sus alegres risas, de sus incoherentes frases, se figuraba oirlos preguntarla si habia llenado sus deberes de madre. ¡Sus hijos! Por los cuales daría ella cuanta vida la quedaba. Saber que se encontraban bajo aquel techo recibiendo de otra mujer las muestras de cariño y los consejos que le pertenecian á ella, y no poder en medio de su dolor pro-

digarles sus cuidados y sus caricias, aunque ignorasen siempre que era su madre. ¡Qué castigo! . . .

V.

Lazo que el crimen anuda
el odio lo ha de romper.

Rosell.

Abrióse una de las puertas del castillo para dar paso á una jóven sencilla, pero elegantemente vestida, que salió apoyada en el brazo de un hombre como de unos cuarenta años de edad. Su figura, sus ademanes, la intimidad con que se hablaban, todo indicaba el lazo sagrado é indisoluble que los unia. Isabel reconoció al punto en aquel hombre al que con orgullo llamó otras veces su esposo; al padre de sus hijos, á aquel de quien se habia separado, de cuya casa habia huido en un momento de debilidad ó de soberbia, de ciega confianza ó de criminal desprecupacion. La mujer que le acompañaba era la nueva condesa de N***, la que con nobleza y fidelidad habia reemplazado á Isabel.

La pobre viajera, que trabajada por los pesares y la miseria volvia humilde, con su orgullo desgarrado por el mismo que para hacerla olvidar sus deberes se lo halagó, aunque la vista de aquella pareja la produjo una impresion dolorosísima, dió gracias al cielo porque la permitia ver feliz al hombre que por sus virtudes merecia disfrutar la dicha á que ella locamente habia renunciado.

¡Sentimiento puro y sublime que la hizo olvidar en aquel instante todos los odios de su pasado, hasta el que contra ella misma abrigaba!

Pocas veces cuando alzan á Dios su alma los que sufren queda sin consuelo su corazon.

VI.

Los sufrimientos de Isabel hondamente exacerbados llegaron á ser superiores á sus fuerzas, y hubo un momento que sintiéndose desfallecer, y no siendo dueña de sí misma, quiso salir al encuentro del conde y arrojarle á sus piés; pero en este mismo instante el ruido de varias voces la detuvo, y la obligó á ocultarse trás un bosquecillo de madre-selvas. Apenas ejecutada esta accion divisó tres jóvenes, que seguidas de su aya cruzaban el jardin. Sus movimientos indicaban la alegría y la salud: sus pequeños piés tocaban apenas la fresca yerba, y sus brazos se enlazaban suavemente. La mas jóven, como de once años, rogó á sus hermanas que se detuviesen para buscar en la madre-selva un nido que habia descubierto el día anterior.

—Venid, las decia, y vereis como la madre cubre los pajarillos con sus alas.

Estas palabras iban derechas al corazon de otra madre, á través del ramaje del arbusto. Cuando hemos cometido una falta nos parece que todo el mundo se ocupa de echárnosla en cara; en las acciones mas sencillas sospechamos una segunda intencion: la frase menos ambigua tiene para nosotros un doble sentido, y hasta en el inocente lenguaje de los niños vemos la voz de nuestros remordimientos.

Este era el estado de Isabel, juzgada por su conciencia ante sus propios hijos. Las palabras inocentes de aquella niña eran su acusacion; la condesa no se engañaba; el corazon de una madre todo lo adivina. Oh! aquella escena era la mas cruel de todas las expiaciones; tener delante á sus hijas tan puras, tan bellas; sentir casi su aliento y no poder abrazarlas. ¡Pobre Isabel!

Anegada en llanto, próxima á rendirse bajo el peso de su dolor, intenta salir para estrechar á sus hijas entre sus brazos y pedirles perdon, y demandarlas una mirada, una caricia, cuando del fondo de su corazon se alzó severa una voz que pareció decirle:

—¿Qué vas hacer? ¿Quieres comprar tu alegría sacrificando el reposo de seres que te son tan queridos? ¿Quieres ultrajar de nuevo á esas inocentes niñas, ya por tí tan profundamente ultrajadas? ¿Quieres hacerlas testigos de escena tan imponente para su edad, y cuyo recuerdo las seguirá siempre amargando su existencia?

Obedeció.

Un sentimiento maternal la habia impulsado.

El mismo sentimiento la detuvo.

La madre triunfó de la madre.

En este momento la mas jóven de sus hijas exclamó:

—¡Ay Dios mio! ¡los pajarillos están solos! Tienen hambre, y la madre los ha dejado. ¿La habrán muerto? ¿Dónde estará que no viene á darles de comer y á cubrirlos con sus alas?

—Llévemoslos á mamá, añadió la mayor, ella los cuidará; siempre nos aconseja que demos proteccion á los desamparados.

¡Pobre Isabel! ¿no es esta tu sentencia? Tú que abandonaste á tus hijos en la edad en que mas habian menester tus cuidados.

La desgraciada madre, cual si hubiese sido rechazada por sus hijas, reunió todas sus fuerzas y partió casi corriendo hácia el sitio donde la esperaba Beatriz. Sin pronunciar ni una sola palabra la hizo seña de que la siguiese, y precipitadamente subieron ambas al carruaje.

El látigo del postillon crujió, y los caballos partieron á galope.

La noche caía en tanto, y Beatriz temiendo ser

indiscreta, no se atrevia á interrumpir el silencio de su señora.

Por fin aventuró una pregunta, y viendo que la condesa no contestaba.—Duerme, dijo, la habrán rendido el cansancio y las emociones de esta tarde.

A levantarse las sombras fué cuando la camarera, lanzando un agudo grito, conoció que aquel sueño era eterno.

VII.

Seis años hacia que el conde de N*** y sus hijas creían muerta á Isabel. (*Arreglo del francés.*)

J. A. VIEDMA.

EN UN ALBUM.

Rompo el silencio al fin, silencio injusto:
¿No ha de encontrar mi musa perezosa
un solo canto para darte gusto?

Que eres bella y gentil, que eres hermosa,
te habrán dicho poetas y amadores,
en verso altivo y en rotunda prosa.

Ellos, que solicitan tus favores
que comparen tu frente á la azucena,
tu talle esbelto al tallo de las flores.

Mercedes, la amistad para ser buena,
en el alma fijar debe su trono,
no en la materia vil que la encadena.

Yo que de franca y de leal blasono,
celebro tu bondad y tu terneza,
y tus restantes gracias abandono.

Nunca de la mujer en la belleza
he fijado mi vista indiferente,
que el cielo acaba donde el mundo empieza.

Goce en buen hora y plázcase la gente
en contemplar lo bello, lo agradable,
mas bella es para mí la que mas siente.

En esto mi opinion es inmutable,
antes pongo mi amor y confianza
que en la bella, en la dulce y fiel y amable.

La que ganar mi estimacion alcanza
no la abrume con celos ni con quejas,
ni jamás acibara mi esperanza
si á otro amor de su pecho abre las rejas.

FRANCISCA CARLOTA DEL RIEGO PICA.

LAS FLORES ANIMADAS.

INTRODUCCION.

Hay muchos modos de amar las flores, dice Alfonso Karr.

Los sábios las aplastan, las disecan, y las entierran en sus herbarios, verdaderos cementerios, cuyos epitafios están escritos en un lenguaje semi-bárbaro.

Los aficionados clasifican las flores por géneros y especies; buscan solo las que son mas raras, y las cuidan, no por tenerlas, sino porque otros no las tienen.

Las niñas se engalanan con las flores, las colocan entre sus cabellos, y las hacen confidentes de sus ensueños y recuerdos de amor.—Las lilas estaban en flor cuando él me hizo la primera declaracion.—El alelí amarillo florecia en las ventanas del presbiterio de la aldea en aquel tiempo en que nos veíamos los domingos.—Y así sueñan, y así escriben con flores la historia de su cariño; historia que solo ellas saben leer y sentir.

Los amantes les aplican sus recuerdos.—Bajo una enramada de madre-selva, estábamos sentados cuando nos prometimos una fé que solo el uno ha guardado!—Queriendo cojerle una rosa, las espigas me desgarraron una mano. Ay! ella entonces me puso tefetan de Inglaterra, despues de haber pasado por la herida sus rosados lábios.

El pobre ama las flores por conformidad, y no es el menos sábio. La riqueza de los potentados, dice para sí, no es otra cosa que una imitacion de las de la naturaleza. No brilla mas un diamante, puesto en una diadema, que una gota de rocío, sobre una rosa, iluminada por un rayo del sol de Oriente.

El filósofo considera las flores como el último refugio contra las decepciones de la vida: encerrado con ellas entre las paredes del jardin se cree seguro de nuevos desengaños.—Jamás, dice, la blanca flor del almendro se convertirá en la cápsula venenosa del datura, como á las hermosas flores del amor y la amistad sustituye el amargo fruto del olvido.

Los poetas las toman por la idea y no por la forma; las buscan como símbolo no como realidad.

En resúmen: los sábios aman las flores por la ciencia.

Los aficionados por vanidad.

Las niñas como á sus sueños.

Los amantes como un recuerdo.

Los pobres como un consuelo.

Los filósofos como una compensacion.

Los poetas como una ilusion deleitosa.

Y nosotros los redactores de *El Correo de la Moda*, que no somos sábios, ni filósofos, ni siquiera aficionados; pero que tenemos algo de amantes y poetas, y mucho de pobres, amamos las flores por ellas mismas, por lo que son en sí, por lo que simbolizan, porque nos recuerdan con su hermosura el objeto de nuestro amor. Las amamos, finalmente, para ofrecer su historia á nuestras bellas lectoras, que alguna vez será la suya, porqué:

¿Mujer y flor no es igual?

¡Dichosos nos consideraremos si al referiros la historia de las flores animadas, recreándoos con la hermosura de sus colores, tan parecida á la vuestra, acertamos á inspiraros con su aroma el suave perfume de la virtud!

G. NUÑEZ DE ARCE.

VARIEDADES.

LOS ANILLOS PARLANTES.

La colocacion de un anillo puede tener su utilidad y prevenir en el dominio del sentimiento bastantes desengaños.

Hé aquí lo que acontece en América:

Cuando una señora quiere contraer matrimonio, lleva el anillo en el primer dedo de la mano izquierda.

En este caso observáremos si sus ojos nos placen, si su voz nos encanta, si su talle nos seduce, porque es preciso advertir que el anillo es un prospecto.

Cuando novia, lleva el anillo en el segundo dedo; esto significa que la plaza está ya ocupada.

Si la señora se ha casado, lleva el anillo en el tercer dedo: este es un cartel prohibitivo; *propiedad particular*.

Si la señora queda soltera y por lo tanto condenada á ser modista de imágenes, lleva el anillo en el cuarto dedo; lo que equivale á los rótulos de las plantas mas preciosas de los jardines botánicos: esto significa *mirar y no tocar*.

En fin, si la señora es viuda y desea, como la reina Artemisa, no volverse á casar, añade un anillo en el dedo en que lleva el anillo nupcial; lo que equivale á espresar esta máxima de derecho:

Nos bis in idem, ó en mal castellano: *Una vez y no mas*.

MODAS.

El verano se ostenta ya con todo el brillo de su lozanía, vistiendo por todas partes el verde y matizado manto de la naturaleza. El jardín Botánico, delicioso, y cuidado cual nunca, ofrece en lindos canastillos y hermosos cuadros, variadas y delicadas flores á la escogida concurrencia que lo visita, deteniéndose en las graciosas fuentes, que imitando cascadas dejan caer en vistosos juegos sus cristalinas aguas sobre grupos de encarnadas verbenas ó blancos pensamientos.

La Moda de verano, principia tambien á aparecer, un poco vergonzosa, como la niña que no se atreve aun por su corta edad á presentarse abiertamente en el mundo. La frescura de las tardes la obliga á cubrirse con algun lijero abrigo, ó mas bien con el socorrido pañuelo de crespón, entretanto que prepara el llamado *Haydeé*, verdadera novedad en este género, de que ya hemos hablado.

El bello sexo elegante, antes de emprender su acostumbrado viaje, que se ha hecho ya una exigencia de la Moda, mas bien que una escursion de recreo, ó una necesidad higiénica, quiere presentar alguna muestra en el Prado de Madrid de las galas que va á lucir en las playas del Océano.

Bajo la graciosa manteleta de glassé negro, caprichosamente adornada de blondas, guipures, flequillos ó bellotitas de seda, se ostentan vestidos tan variados, como lindos. Tafetanes chinés, á la Pompadour, ó de camafeos; gróses rayados ó de cuadros dobles; glassés sombreados, con disposiciones de flores, ó bien de caídas brochadas; granadinas con volantes á la Watteau, sobre fondo liso ó jaspeado; organdís, chaconás, ó muselinas con dibujos estampados de la mayor novedad.

Estos trajes por la variedad de sus disposiciones y dibujos, así como los de seda por la riqueza de sus adornos requieren una enagua almidonada, porque mal podrian lucir en una falda estrecha y escurrida como la funda de un paraguas. Hay diferentes tejidos, al efecto, que se sostienen con suavidad armando la falda en forma de tontillo, y sin la exajeracion que los aros y ballenas que figuran una especie de azufrador ó jaula. El tontillo es distinguido, la jaula ridícula, y entre uno y otro hay un mundo por medio: el *Demi-monde* de Alejandro Dumas, hijo, que habeis visto representado, amables lectoras, bajo el título de *Susana*, no hace muchas noches en el Circo.

Los cuerpos de los trajes de calle y paseo continúan altos, alternando la aldeta con la cintura redonda: tambien los volantes alternan con la doble falda, sin embargo ésta se va haciendo bastante general,

aunque no sea tan graciosa como aquellos. No dejan de verse faldas lisas, en telas oscuras, con caídas á los costados y por delante de arriba á bajo: son de tanta sencillez como buen efecto las que se componen de una cinta de seda atravesada con un boton en cada punta. Para mas vestidas, y en trajes de cuadros, estos adornos, que bajan en disminucion desde la cintura, se componen de volantes muy pequeños.

AURORA PEREZ MIRON.

TEATROS.

El del *Principe* ha cerrado sus puertas con la comedia en tres actos y en verso, primera produccion del apreciable escritor D. José Marco, titulada *Libertad en la cadena*. Está escrita con correccion y facilidad, y es lástima que se haya puesto en escena al final de la temporada cómica.

En el del *Circo*, tambien por despedida, menu-dean los beneficios: para el del señor García se puso en escena noches pasadas *Una mujer de historia*, comedia arreglada del francés por el señor Pinedo. El arreglo está hecho con estudio y conciencia, pero como el tipo de la protagonista no es comun en España, ni sea la hipocresía devota el vicio del siglo, no ha satisfecho demasiado: en la ejecucion estuvieron muy bien la Amalia Gutierrez y el beneficiado.

El lunes se dió en el mismo coliseo á beneficio de la señora Lamadrid, la comedia nueva *Los dos artistas*, del señor D. Angel Izuardi, tambien arreglada de otra escrita en francés con el título de *Fiammina*, y aunque acostumbrados á la buena ejecucion conocida en este coliseo, pocas veces hemos salido tan satisfechos. La beneficiada, los señores Romea (D. J.) y Arjona (D. J.) estuvieron á la altura de su reputacion artística, y el señor Tamayo dió muestras de su estudio y aplicacion, en un papel que está muy en su carácter y en cuyo desempeño nos complacemos en consignar que nada dejó que desear. Los actores fueron llamados á la escena, y antes el autor, que tuvo la modestia de no presentarse. Esta comedia, como casi todas las tomadas del repertorio francés, tiene el defecto de representar una sociedad que no es la nuestra. Sin embargo gustó mucho, y daría algunas entradas, si el calor que se va pronunciando no hiciese mas apetecible el fresco del Prado que la sofocacion de los teatros.

